

MARATON DE CUENTOS

Un espacio tradicional en el litoral uruguayo, del escritor de nuestro depto. **Ademar Alvez.**

La Hornerita

Cuatro estacas de madera señalan su propiedad. Al lado ya hay vecinos. Como a una cuadra hay otro más. Varias casas están en construcción.

¡Y en una esquina! — Decile a don Manolo que tiene mi voto vita... vita... ¿Cómo se dice? Bueno... para toda la vida.

Esa misma tarde, aprovechando que su marido no está, "debe estar mamado en algún boliche". Contrata un carro. El carro de cuatro ruedas, el único tirado por seis burros que queda en Bella Unión. Don Guedez dice que es el último valuarte de la tradición. Los burros le dan un trabajo bárbaro pero él los conserva, "entre algunos viajecitos y la pensión... voy tirando".

Allá va doña Ernestina con el carro cargado con sus "mulambos". Ella y sus cinco hijos en cortejo de nueva vida marchan a su flamante hogar.

Esa tarde va a la barraca y saca a crédito las chapas para el techo.

"El techo es lo principal". Con las chapas de dolmenit estacas y un poco de alambre arma una aripuca en el fondo. Ya está instalada. Es dueña del lugar.

El tiempo traicionero

les jugó una mala pasada. Cuatro días llovió sin parar. En la improvisada aripuca resiste heroicamente Doña Ernestina y sus polluelos. Los que miran desde afuera les da un escalofrío viéndolos sufrir. Pero es un engaño, Ernestina y los niños no sufren. Están contentos.

Cuantas veces durmieron afuera cuando el marido borracho los corría para el campo.

Doña Ernestina tuvo suerte. Todos sus patronos colaboraron con algo. Unos con unos palos, otros con pedazos de alambre. Otros con plata y hasta, por primera vez en su vida le salieron de garantía y sacó un crédito en el Banco. Se siente importante, "ahora opera en Banco y todo".

Encontró tres ladrillos en la calle, los pone en el bolso y se va contenta... "Tres ladrillos son tres ladrillos". De los horneros aprendió. En una casa le dieron un water viejo, contenta atravesó todo el pueblo con su water bajo el brazo. No importan las mojaduras. El trabajo hay que cumplir. En ese momento tienen ocho patronos. Ninguno le falló.

Por las noches en la aripuca se ve apenas un resplandor. Hasta tarde hace crochet, "hay que

hacer platita para la casa". Es realmente feliz. Por fin se independizó de un marido perro".

"Estoy construyendo", una mueca de orgullo acompaña el ruido del sorbo de su mate lavado. Le cayó de sorpresa toda la ayuda que recibió. "También, lavé mugre pa' casi todo el pueblo". Por primera vez sintió el "soy".

Siempre cuando llovió paró. Al cuarto día salió un radiante sol.

El constructor fue su hijo mayor.

No sabía nada de albañilería, siempre trabajó en estancias. Pero como la mayoría de la gente del Interior se ingenian y mil oficios mal aprenden intruidos por la necesidad. Doña Ernestina en sus trabajos se multiplica por demás. En tres de ellos le dieron licencia. Ella nunca había tenido licencia. Una semana sin ir a trabajar. ¡Y le pagaban igual! En el bajo vientre tiene en forma permanente un cosquilleo sensual.

Llega temprano a su casa, dos hileras de ladrillos ya tiene. Es el dibujo de su casa, como pantallazo la ve terminada. Pone en pie contra los ladrillos puestos y le dice a su hijo mayor con su sonrisa de dos dientes mirá, el pie está descansando a la sombra de mi

casa.

En pocos días ponen el techo.

Entre los pobres el trabajo se hace rápido. Entre una caña y un vino, un vecino da un consejo, otro una idea, todos dan una mano y como en una fiesta el trabajo avanza casi sin darse cuenta. Doña Ernestina, ceremoniosamente entre con sus "cacharpas" a su nuevo — único verdadero — hogar. Treinta años después aún le sigue pareciendo mentira que entrara a su casa.

"De aquí ¿i nadie me va a sacar".

Cuando ya estaban instalados, le dice su hijo mayor — ¿Contenta?

— Pero m' hijo... soy una reina.

— Bueno... Yo fui el que ayudé.

Largué mi changa pa' hacele la casa.

— Sí m' hijo, y más que agradecida que estoy.

— Bueno... El día que salgan en limpio las escrituras... Vamo a poné ami nombre, porque yo....

— ¡No! ¡Eso sí que no! Esta es mi casita que es mía. ¡No! Eso sí que no. El día que me muera igual ténme en el río. Pero mientras viva ¡no! ¡Eso sí que no! Fue la única vez que Doña Ernestina en su vida levantó la voz.

Y no desentonó (aplausos)

Aprendiendo a leer (VI)

• Muchas veces escuchamos decir "el nene sabe leer" o "¡Qué bien lee el nene!". Basado en el aspecto formal. Se toma el repetir foneticamente todas las palabras escritas, como saber leer. Con esta creencia corremos el riesgo de que se nos salgan plumas verdes y un pico torcido.

No está mal esta aceptación para un

primer paso. Hay otros, otros y otros pasos que lo vamos logrando a medida que nos vamos habituando a la lecutra. Lo importante es interpretar lo leído.

El cuanto interpretamos está dado por las ideas, emociones o sentimiento que "se nos pega".

Los verdaderos resultados de esas lecturas recién a través del tiempo lo podremos apreciar. Es de

cir, la real sustancia de un libro no está en la interpretación inmediata. Está en la integración en nuestra conducta.

Haremos una comparación. Podemos empresar un régimen alimenticio rico en vitaminas y sustancias nutritivas. Después de ingerirlo podemos abrir juicio sobre el gusto, olores, digestión... Recién después de un tiempo considerable

de constancia, podemos sacar conclusiones de cómo influyó en nuestro organismo.

Con la lectura pasa lo mismo, en un examen inmediato a la lectura, podremos ser sobresaliente o regular. Pero no es un balance final. Todo lo leído queda guardado, aunque no nos acordemos. Tarde o temprano, cuando nuestra mente lo decide, eso leído aflora